

TRAUMA, ESCISION Y ANESTESIA: UNA PERSPECTIVA FERENCZIANA

Renata Mello¹ y Regina Herzog²

RESUMEN

En la clínica psicoanalítica actual nos encontramos con pacientes que, a pesar de no presentar sufrimiento psíquico, son incapaces de sentir placer o displacer en sus experiencias cotidianas. Se constata que este modo de subjetivación refleja una anestesia frente a sí mismo y a los otros, lo que implica un perjuicio de la posibilidad de sentir. Se discute la relación entre trauma y anestesia por medio de la solución del clivaje en la obra de Ferenczi. Se busca un refinamiento de la sensibilidad clínica necesaria para lidiar con procesos psíquicos bajo el registro del impacto traumático.

Palabras clave: Trauma; Clivaje; Anestesia; Clínica psicoanalítica; Sandor Ferenczi

RESUMO

Na clínica psicanalítica atual nos deparamos com pacientes que, apesar de não apontarem sofrimento psíquico, são incapazes de sentir prazer ou desprazer com as experiências cotidianas. Constata-se que este modo de subjetivação reporta para uma anestesia diante de si e do outro, o que implica um prejuízo da possibilidade de sentir. Discute-se a relação entre trauma e anestesia por meio da solução da clivagem na obra de Ferenczi. Busca-se um refinamento da sensibilidade clínica necessário para lidar com processos psíquicos sob o registro do impacto traumático.

Palavras-chave: Trauma; Clivagem; Anestesia; Clínica psicanalítica; Sandor Ferenczi.

ABSTRACT

Currently in psychoanalytic clinic we can observe patients, who despite of not showing psychological suffering, are unable to feel pleasure or displeasure with daily experiences. It can be observed that this mode of subjectivation reports to a numbness within himself and others, which implicates in losing the possibility of feeling. The relation between trauma and numbness is discussed through the cleavage solution in Ferenczi's work. It is searched through these concepts a refinement of the clinical sensibility necessary to deal with the psychological processes under the impact of traumatic registration.

Keywords: Trauma; Cleavage; Numbness; Psychoanalytic clinic; Sandor Ferenczi.

Envejecí por las sensaciones...

Fernando Pessoa (1999)

Estaba encerrado dentro de un sueño,

sus muros no tenían consistencia

ni peso: su vacío era su peso.

Los muros eran horas y las horas

fijas y acumulaban pesar.

El tiempo de estas horas no era tiempo.

Octavio Paz (1980)³

1 - Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), Brasil

2. - Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), Brasil

3. - Traducción libre.

INTRODUCCIÓN

A menudo nos encontramos en la clínica psicoanalítica actual con pacientes que, a pesar de no presentar sufrimiento psíquico, son incapaces de sentir placer o displacer con las experiencias cotidianas. Estos pacientes parecen buscar la calma en detrimento de la satisfacción. Bien adaptados al mundo externo, no expresan conflictos, ni tampoco cuestionamientos acerca de su condición humana. Distinto del neurótico clásico, descrito por Freud (1924/1996) en “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis”, devorado por las exigencias de la realidad a regañadientes, o incluso distinto del psicótico, que afirma su deseo y descarta la materialidad del mundo, tales pacientes se encuentran anestesiados frente a sí mismo y al otro. Privados de la posibilidad de sentir, ellos pierden el sentido de la vida. Sentido, en este caso en su amplia acepción de significado, orientación y sensorialidad. De ese modo, la vida se convierte en una sumatoria de episodios desvinculados, vacíos y monótonos. Cumpliendo simplemente un protocolo existencial.

Las sesiones de análisis transcurren sustentadas en narrativas minuciosas del día a día, contadas de manera radicalmente desafectada, plana y sin acento. No hay turbulencia, fricción, desorden, o brecha, sólo puros relatos. Tampoco se presentan desdoblamientos y encadenamientos entre el presente, el pasado y el futuro. Los tiempos de la infancia no son rememorados, por un lado, y el porvenir no es proyectado, por otro. El individuo se encuentra, por lo tanto, en un tiempo presentificado, de modo que la temporalidad no porta la lógica de una continuidad, ella es apenas remitida al ahora. Las quejas son a menudo corporales, localizadas de manera difusa, pero raramente presentadas como una solicitud de ayuda. Este cuerpo también se muestra silenciado, vaciado de deseo y, muchas veces, extraño al sujeto.

Una suspensión tal de sí mismo, sin embargo, no impide un funcionamiento coherente con las expectativas de la sociedad en términos generales y pragmáticos. En ese sentido, el individuo puede incluso adquirir determinada autonomía e independencia, realizarse profesionalmente, construir una familia y lazos de amistad, pero, sin embargo, no se siente realmente vivo. Con ello, se supone que el movimiento originario de estos mencionados logros parece ser más defensivo que eminentemente creativo, es decir, un modo de subjetivación extremadamente pauteado en la defensa y en los clichés responsivos. Además, considerando que la vida implica opciones, pérdidas y ganancias, aventuras, paso del tiempo y de los acontecimientos, encuentros y desencuentros, se nota claramente un arduo esfuerzo del sujeto para no dejarse afectar por el colorido vital. Cabe indagar aquí lo que determina tal anestesia afectiva y cuáles las maniobras subjetivas destinadas a mantener la evitación del placer y del displacer.

No hay duda de que el psicoanálisis, desde los orígenes, atribuye al aparato psíquico la función de evitar el displacer, éste, inclusive, asociado a la idea de afectos no descargados. De ese modo, nos estamos refiriendo aquí a un funcionamiento psíquico bajo el registro del impacto traumático, en el cual la evitación del displacer se muestra absolutamente radical. En los casos arriba descritos parece no haber una regulación económica viable para el psiquismo, lo que justifica la anestesia afectiva. Así, entendemos que el anestesiamiento reporta al intento de liberarse de un dolor insoportable, cuyo efecto consiste en el distanciamiento de la propia subjetividad.

Esta problemática nos invita a investigar el trauma en la obra de Ferenczi (1931-1932 / 1992, p 113), ya que, para el psicoanalista húngaro, “un choque inesperado, no preparado y aplastante, actúa por así decir como un anestésico”. A fin de avanzar en la comprensión de este estado de petrificación de la intensidad, cabe también abordar la noción de clivaje ferencziana, en la medida en que esta modalidad de defensa opera una disociación entre el afecto y la objetividad del mundo, cuyo propósito consiste justamente en anestesiar el efecto traumático. La solución de la escisión permite una subjetivación en funcionamiento en el mundo, pero desafectada.

Para abordar esta cuestión, abordaremos la elaboración ferencziana presente, sobre todo, en “Análisis de niños con adultos” (Ferenczi, 1931/1992), “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” (Ferenczi, 1933/1992) y algunas notas que se compila en “Reflexiones sobre el Trauma” (Ferenczi, 1931- 1932/1992) y en el Diario Clínico (Ferenczi, 1990). Tal opción teórica se justifica puesto que los escritos de los años 1930 conjugan el pensamiento y la historia clínica de Sandor Ferenczi con individuos traumatizados. Además,

creemos que lidiar con esta temática permitirá un refinamiento de la sensibilidad clínica necesaria para tratar modalidades de padecimiento psíquico con las que nos encontramos en la actualidad.

CONFUSIÓN Y TRAUMA

En 1932, Ferenczi expone en el XII Congreso Internacional de Psicoanálisis el trabajo “Las pasiones de los adultos y su influencia sobre el desarrollo del carácter y de la sexualidad del niño”, posteriormente publicado bajo el título “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”. Este texto aborda la relación traumática entre adultos y niños, teniendo en cuenta la diferencia de lenguaje existente entre ellos. Desde esta mirada, el niño se organiza de acuerdo con el “lenguaje de la ternura”, inmerso en un universo lúdico y, por el contrario, el adulto, marcado por las interdicciones culturales, por la represión, por la ambivalencia, regulado por el “lenguaje de la pasión”, de la desmesura, de la imprevisibilidad. Para subrayar los elementos potencialmente traumáticos involucrados en esta relación confusa, Ferenczi (1933/1992, p. 101-102) utiliza una escena emblemática de seducción de un niño por un adulto.

Un adulto y un niño se aman. El niño tiene fantasías lúdicas, como desempeñar un papel maternal en relación con el adulto. El juego puede asumir una forma erótica, pero se conserva, sin embargo, siempre en el nivel de la ternura. No es lo que pasa con los adultos si tienen tendencias psicopatológicas, sobre todo si su equilibrio o su autodominio han sido perturbados por cualquier infortunio, por el uso de estupefacientes o de sustancias tóxicas.

Confunden los juegos infantiles con los deseos de una persona que alcanzó la madurez sexual, y se dejan arrastrar por la práctica de actos sexuales sin pensar en las consecuencias.

El adulto, por lo tanto, interpreta y responde a la imaginación tierna del niño de un modo apasionado, inundándolo con afectos intensos y desproporcionados con relación a su capacidad de asimilación. La violencia vivida por el niño en el abuso sexual refleja la precariedad de las defensas infantiles frente al otro invasivo y desconcertante. Aquí Ferenczi (1933/1992) se refiere al acto violento sexual *strictu sensu*. Sin embargo, entendemos que el abuso ocurre cuando el objeto significativo no cumple su función de cuidador. Por ese medio, la confusión se da en la medida en que el adulto no respeta el ritmo de maduración infantil, o sea, cuando las necesidades psíquicas y físicas propias del niño no son reconocidas por el adulto⁴. En este sentido, Ferenczi (1990: 84) afirma en el Diario Clínico que

[...] el prototipo de toda confusión es estar ‘perdido’ en cuanto a la confiabilidad de una persona o de una situación. Estar perdido es: haber sido engañado por alguien, por su actitud o sus palabras, haciéndolo ‘relucir’ una cierta relación afectiva [...]

Se trata, pues, de una falla en la relación existente entre el niño y el adulto y, en esas circunstancias, el amor excesivo puede ser tan perturbador como la privación de amor.

En la secuencia de la escena narrada por Ferenczi (1933/1992), el adulto, agente de la violencia sexual, se siente culpable y niega lo ocurrido, afirmándole al niño que nada ocurrió. De un modo general, el niño impactado por la realidad de su experiencia afectiva busca a otro adulto para comprender lo que le escapa. Este, por indiferencia o incomprensión, desmiente las impresiones y, de ese modo, “descalifica no sólo el placer o el sufrimiento del niño, sino también su modo de ver y significar el mundo” (Reis, 2004, p. 71).

4.- En este sentido, Ferenczi (1933/1992) acuña la expresión “terrorismo del sufrimiento”, al referirse a los niños obligados a resolver conflictos familiares y, en esa medida, obligados a construirse una actitud más madura. En sus palabras: “Una madre que se queja continuamente de sus padecimientos puede llevar a su hijo pequeño a convertirse en una persona que cuide de ella, es decir, hace de él un verdadero sustituto materno, sin tener en cuenta los intereses propios del niño” (Ferenczi, 1933/1992, p. 105).

La violencia se constituye entonces como un trauma en virtud de la imposibilidad de atribución de sentido a lo vivido, es decir, por la falta de la mediación simbólica entre las diferentes lenguas. De acuerdo con Ferenczi (1931/1992, p. 79), no es el lenguaje de la pasión, por sí solo, el principal factor traumático, sino la desmentida, es decir, “la afirmación de que no sucedió nada, de que no hubo sufrimiento (...)”. La confusión traumática, por lo tanto, sobreviene con la desautorización de la vivencia del niño por los objetos primordiales, lanzándolo hacia un dilema inconciliable: confiar en la verdad del adulto o confiar en la verdad de los sentidos.

De ahí, resulta una conmoción psíquica equivalente a la “suspensión de toda clase de actividad psíquica, sumada a la instauración de un estado de pasividad desprovisto de toda resistencia” (Ferenczi, 1931-1932 / 1992, p 113). Se trata de un distanciamiento de la propia subjetividad, lo que implica un aniquilamiento del sentimiento de sí. El estar fuera de sí, fuera del tiempo y del espacio, se presenta como providencia necesaria para soportar el dolor intenso resultante del trauma. En ese sentido, un dolor no experimentado, puesto su ausencia de legitimidad, tiene un efecto anestésico, pues produce un cortocircuito en las vías sensibles. Lo que sucede es justamente que el niño “entrega su alma” (Ferenczi, 1990: 73) para resistir el miedo y el dolor, preservando al mismo tiempo al adulto, referencial indispensable para su existencia.

Ahora bien, teniendo en consideración la impotencia del niño de cara al mundo de los adultos y, especialmente, la dependencia de los cuidados que le son dispensados, se entiende la sumisión a la “autoridad aplastante de los adultos” (Ferenczi, 1933/1992, p. 102) como una estrategia de supervivencia. En ese sentido, si el niño no puede romper con el agresor, se identifica forzosamente con él. Así, el adulto desaparece como realidad externa y se vuelve intrapsíquico, medio por el cual el niño pretende ejercer un control mágico sobre él. De acuerdo con Ferenczi (1933/1992, p. 105), “para protegerse del peligro que representan los adultos descontrolados, él debe en primer lugar, saber identificarse por completo con ellos”. Se trata de un recurso subjetivo claramente defensivo para intentar captar el funcionamiento del objeto imprevisible y simbolizar desesperadamente el mundo circundante. En ese contexto, el niño pasa a adivinar y a obedecer mecánicamente a las aspiraciones alteritarias, por una especie de mimetismo, olvidándose de sí mismo. Sin embargo, el niño siente que “en el fondo, nunca es a él a quien las cosas le suceden, él sólo se identifica con otras personas” (Ferenczi, 1990, p. 250). Por lo tanto, al hospedar dentro de sí el agresor, convierte su espontaneidad infantil en guardián y se sobreadapta a las exigencias externas. Como consecuencia, se le priva de la creación de un sentido para su existencia. Para entender la infiltración y el modus operandi del trauma en la subjetividad, investigaremos la noción ferencziana de clivaje.

LA SOLUCIÓN DE LA ESCISIÓN.

La escisión es una de las principales consecuencias de la vivencia de un “dolor sin contenido de representación” (Ferenczi, 1990, p. 64). Se trata de un mecanismo por el cual el individuo sufre un corte en la propia subjetividad, cuyo propósito es apartar la vivencia traumática y contener un dolor insoportable. Se produce, por tanto, un desgarramiento de la vida subjetiva, una especie de sacrificio de una parte de sí en pro de la supervivencia del yo, tal como es descrito por Ferenczi (1926/1990) con el proceso de autotomía. Este proceso se refiere al recurso que algunos seres vivos elementales poseen de perder partes del cuerpo, fuente de displacer o lesión, para permitir la preservación del conjunto. En ese sentido, bajo la amenaza de colapso del psiquismo y sin esperanza de respuestas nutritivas, el sujeto se descompone y, en esa medida, “se divide en un ser psíquico de puro saber que observa los acontecimientos desde fuera, y en un cuerpo insensible” (Ferenczi, 1990, p. 142). Se instaura una disociación entre un yo que todo lo sabe y nada siente, y un yo que siente y nada sabe, o aún más, una escisión entre el afecto y la objetividad del mundo. Es importante subrayar que estas partes escindidas del yo coexisten, pero no se reconocen ni se comunican. De este modo, una nueva organización de la subjetividad se forma a partir de estos fragmentos. En palabras de Ferenczi (1931/1992, p.78):

Todo ocurre verdaderamente como si, bajo la presión de un peligro inminente, un fragmento de nosotros mismos se escinde bajo la forma de instancia auto perceptiva que quiere acudir en

ayuda, y eso, tal vez, desde los primeros años de la infancia. Porque todos sabemos que los niños que han sufrido mucho, moral y físicamente, adquieren los rasgos fisionómicos de la edad y la sabiduría.

Se deduce de esto que la escisión traduce la propia medida de la falla en las relaciones con los objetos de los cuales se es dependiente. Para no sucumbir al horror del desamparo, el individuo necesita venir en su propio rescate. De ese modo, construye una especie de “ángel de la guardia interno” como intento de suplir la ausencia de protección externa y, además, de prevenir nuevas turbulencias. Sin embargo, para desempeñar la precipitada función adulta de cuidado, una precoz madurez se materializa mediante la exploración de disposiciones aún en desarrollo, y a costa del agotamiento de la afectividad. El envejecimiento adquirido precozmente consiste en un arduo esfuerzo para contener el propio dolor sin posibilidad de simbolización. La imagen onírica del “bebé sabio” utilizada por Ferenczi (1923/1990) revela la dimensión paradójica de la necesidad de hacerse cargo de sí mismo, sobre una tarea que corresponde a los adultos en los orígenes de la existencia.

El objetivo de la escisión es obtener algún alivio frente a un desespero existencial. Lo que se busca justamente es una suspensión de la conciencia de sí y, en esa medida, un distanciamiento del estado de aflicción. Pero, al intentar escapar de sentir el dolor del trauma, el individuo tampoco siente nada más. Es necesario precisar que no se trata aquí de una insensibilidad o frialdad, sino de una desconexión afectiva procedente de la discontinuidad radical producida por la escisión (Vertzman, 2002). A este respecto, Vertzman y Ferreira (2008: 73) afirman:

Esta salida creativa que lo defiende contra otras formas de padecimientos cobra su precio exactamente en la esfera de la afectividad. La inseguridad sobre sus propios sentimientos, la anestesia psíquica, la extrema sensación de diferenciación en el mundo de los humanos, el desvanecimiento de la tonalidad emocional, la dificultad de descifrar los estímulos que emanan del cuerpo, son algunas de las formas de sufrimiento por las que pasan tales personas (...).

Anestesiado, el individuo se descentra de sí mismo, perdiendo su colorido vital. Las variaciones cotidianas capaces de interrumpir el letargo duramente conquistado son vivenciadas como advertencias traumáticas. Con eso, las vías del placer y del displacer se encuentran obstruidas. Si hay alguna satisfacción, ésta consiste en la ausencia de fallas del funcionamiento psíquico, puesto que “el hecho de haber logrado superar esta penosa situación es una epopeya que merece ser conmemorada” (Pinheiro, 1995, p. 94). Aquí la sensación de impotencia primitiva frente a la imposibilidad de canalizar las propias intensidades cede su lugar a la sensación de omnipotencia de transmutación interna. Se trata, sin embargo, de una *performance* de adaptación, una que dé cuenta de autosuficiencia. Aunque exista una súbita evolución intelectual, el plano de las emociones permanece primitivo y, más que eso, no se establecen relaciones entre ambos.

Se deduce de aquí, que la escisión no elimina lo ocurrido y, tampoco, la inminencia del desmoronamiento psíquico, lo que significa que la vivencia traumática deja un lastre, es decir, marcas no simbolizadas en el psiquismo. En ese sentido, el sufrimiento no desaparece misteriosamente de la subjetividad, haciéndose apenas incomunicable con el resto, o mejor, escindido. Según Ferenczi (1990: 251),

[...] el pavor fue la fuerza que disoció los sentimientos del pensamiento; pero ese mismo pavor está siempre operando, es él quien mantiene separados los contenidos psíquicos así disociados.

De ese modo, permanentemente ocupado en impedir el contacto con el funcionamiento escindido, el sujeto no puede darse el lujo de sacar provecho de las experiencias cotidianas. La subjetividad se vuelve claramente constreñida.

Se vislumbra ahí un rígido, pero vacilante, reordenamiento subjetivo, razón por la cual las medidas complementarias de protección deben ser consideradas. Restringir las investiduras objetales, aflojar los lazos afectivos, disminuir la intensidad de las relaciones, ralentizar la curiosidad parecen ser algunas de las alternativas encontradas para evitar el riesgo de reviviscencia del trauma. Tales restricciones pueden ser entendidas como una “neutralización energética”⁵, utilizando la sugerencia de Roussillon (1999), lo que implica una evitación, en la medida de lo posible, de las investiduras de objeto que arriesgan la reactivación del desbordamiento de las cantidades. De este modo, es muy difícil para el individuo involucrarse en proyectos de vida o sostener vínculos afectivos sin presentar la amenaza de colapso. Cualquier desdoblamiento, variaciones cualitativas y cuantitativas, naturales de las relaciones humanas, son evitadas.

Se funciona en una especie de economía de guerra, en la que no hay tiempo ni espacio para la espontaneidad y la creación. Aquí, parece perdida la esperanza en la capacidad de inventar un mundo agradable y auténtico, quedando sólo la supervivencia en tanto adaptación a una realidad tal como ella se encuentra.

CONSIDERACIONES FINALES

La presencia de los procesos defensivos de la escisión post-traumática en las subjetividades engendra un modo de sufrimiento psíquico que altera el curso de la relación transferencial y el régimen de la intervención analítica.

A menudo, nos preguntamos cuál es el sentido de que estos pacientes estén en análisis y que los trae sesión tras sesión; ya sea para hablar de actualidades, ya para no decir nada, ya para narrar sus grandes catástrofes de la manera más indiferente posible, ya para incomodarnos. Siguiendo a Ferenczi (1931/1992, p. 71), creemos que “mientras que el paciente continúe asistiendo, el hilo de esperanza se mantiene”. Esperanza del paciente, pero también esperanza del analista. Así pues, ¿cómo trabajar en la recuperación de la capacidad de sentir? ¿Cómo apostar a que algún otro tipo de arreglo subjetivo sea posible?

Considerando que en el corazón de la escisión se encuentra el dolor vivido a falta de otro significativo en quien confiar, en lugar de proponer ‘interpretaciones reveladoras’ del deseo inconsciente, se trataría de ofrecer una calidad relacional, es decir, propiciar un carácter relacional, un encuentro afectivo entre analista y paciente. Tarea difícil, ciertamente, ya que tales pacientes están acostumbrados a funcionar en una especie de circuito cerrado. Dicho de otro modo, el encuentro con los objetos primarios fue tan desencontrado con relación a las necesidades psíquicas y físicas del individuo que éste pasó a prescindir de la ayuda ajena.

Siendo así, se necesita realizar un largo trabajo psicoanalítico para permitir la apertura y confianza del paciente para los cuidados del analista. Para ello, hay que estar sensibles a los detalles, atenerse al estilo de las asociaciones, acoger los movimientos de retracción, habitar la paradoja, convocar las fantasías, conceder tiempo y espacio a los procesos de subjetivación y, gradualmente, desanudar las vías de placer y despuntar otras obstruidas. Con eso, apostamos que, poco a poco, la vitalidad empleada en el mantenimiento de las defensas se desplaza hacia la creación de un modo de ser y estar en el mundo más espontáneo y auténtico.

REFERENCIAS.

- FERENCZI, S. O sonho do neném sábio. In: BIRMAN, J. (Org.). Sándor Ferenczi: escritos psicanalíticos: 1909-1933. Rio de Janeiro: Livraria Taurus Editora, 1923/1990. p. 214.
- _____. O problema da afirmação do desprazer In: BIRMAN, J. (Org.). Sándor Ferenczi: escritos psicanalíticos: 1909-1933. Rio de Janeiro: Livraria Taurus Editora, 1926/1990. p. 281-291.
- _____. Análise de crianças com adultos. In: FERENCZI, S. Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes, 1931/1992. p. 69-83. (Obras completas).

5.- No se trata de la misma escisión evocada por Freud en 1937, la escisión de un yo dividido entre dos cadenas representativas independientes y opuestas, una capaz de acatar la realidad y otra que la niega radicalmente. Aquí la escisión se refiere a modos de funcionamiento subjetivo, uno simbolizado y otro no simbolizable. Para un entendimiento mayor de esta distinción, ver Roussillon (1999), Verztman (2002).

- _____. Reflexões sobre o trauma. In: FERENCZI, S. Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes, 1931-1932/1992. p. 109-117. (Obras completas).
- _____. Confusão de língua entre os adultos e a criança. In: FERENCZI, S. Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes, 1933/1992. p. 97-106. (Obras completas).
- _____. Diário clínico. São Paulo: Martins Fontes, 1990.
- FREUD, S. A perda da realidade na neurose e na psicose. In: _____. Edição Standard Brasileira das Obras Completas. Rio de Janeiro: Imago, 1924/1996. p. 203-209. v. XIX
- PAZ, O. Draw of shadows and other poems. New York: New Directions Publishing Corporation, 1980.
- PESSOA, F. Livro do desassossego: composto por Bernardo Soares, ajudante de guarda-livros na cidade de Lisboa. São Paulo: Companhia das Letras, 1999.
- PINHEIRO, T. Ferenczi: do grito à palavra. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1995.
- REIS, E. S. De corpos e afetos: transferências e clínica psicanalítica. Rio de Janeiro: Contra Capa Livraria, 2004.
- ROUSSILLON, R. Agonie, clivage e symbolisation. Paris: PUF, 1999.
- VERTZMAN, J. S. O observador do mundo: a noção de clivagem em Ferenczi. Revista Agora, v. 5, n. 1, p. 59-78, 2002.
- _____; FERREIRA, F. P. O uso do afeto na obra de Sándor Ferenczi. Cadernos de Psicanálise, Círculo Psicanalítico do Rio de Janeiro, v. 21, p. 45-78, 2008.

Dirección para correspondencia:

Renata Mello e-mail:renatamello@gmail.com

Regina Herzog e-mail:rherzog@globo.com

Publicado en: Arquivos Brasileiros de Psicologia, Universidade Federal do Rio de Janeiro, vol. 61 N°3, pp.68-74, Rio de Janeiro, Brasil, 2009.

Versión electrónica: <http://www.psicologia.ufrj.br/abp/74>

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a News-6 Als